

más valioso el del *BGS*. La mencionada edición cuenta, además, con un comentario de las variantes recogidas en el aparato crítico y de las características lingüísticas de los distintos testigos manuscritos. El segundo trabajo está realizado por J. M. Maestre Maestre y lleva por título “Rasgos lingüísticos medievales del tratado *Quinque articuli contra iudaeos* incorrectamente atribuido a Rodrigo Fernández de Santaella”. Tras un estudio pormenorizado de los rasgos sintácticos y léxico-semánticos del escrito, Maestre Maestre confirma que este pertenece al ámbito del latín medieval y no al del latín renacentista, lo cual descarta la hipótesis de atribuir su autoría a Santaella o de fijar su datación a finales del s. XV. Si bien el tema de la autoría no queda cerrado, el estudioso sí afirma sin ambages que el tratado constituye una copia de otro ensayo conservado en el códice VAT. LAT. 1043, fechable en 1440. Por último, el volumen concluye con un “Índice de autores y obras” (pp. 653-659) y un “Índice de manuscritos” (pp. 661-662).

Tras este recorrido a lo largo de tan numerosas áreas de investigación vinculadas al estudio del latín medieval, podemos concluir que la presente obra se alza como una miscelánea de extraordinarios trabajos que siguen arrojando luz y aportando nuevas perspectivas en el ya mencionado campo de estudio, siendo especialmente significativo el gran número de aportaciones englobadas en las secciones (§II) “Mundo visigótico y estudios sobre san Isidoro” y (§IV) “Latinidad Medieval Tardía. Siglos XII al XV”. La factura del volumen también es digna de elogio como es habitual en las publicaciones de la editorial Sismel – Edizioni del Galluzzo y, las erratas, dada la magnitud su magnitud, son muy escasas. Así pues, únicamente resta reiterar la gran valía de este conjunto de ensayos que, sin lugar a dudas, se convertirá en un volumen de referencia en el ámbito de los estudios medievales.

Universidad Complutense de Madrid

JULIA AGUILAR MIQUEL
juliagui@ucm.es

Agostino VESPUCCI, *A Description of All Spain: De situ, longitudine, forma et divisione totius Hispaniae libellus*, Critical edition, translation, introduction and notes edited by Gerard González Germain, Roma, Viella, 2017, VIII + 248 pp. ISBN 978-88-6728-751-2

Estamos sorprendentemente ante la primera edición y traducción de la única obra literaria de un humanista prácticamente desconocido hasta hace unos años, a pesar del extraordinario interés tanto del autor como sobre todo de este tratado. Agostino Nestucci, que había estudiado en Pisa en la década de 1480, entró pronto al servicio del político florentino Guidantonio di Giovanni Vespucci como preceptor de su hijo. En Florencia asistió a las clases de Cristoforo Landino y de Angelo Poliziano, y en 1493 adoptó el apellido de su patrón. Disfrutó de la amistad de Nicolás Maquiavelo, y trató con importantes artistas, humanistas y

políticos de su tiempo. En Roma vio la representación de la *Historia Baetica* de Carlo Verardi el 21 de abril de 1492 celebrando la toma de Granada. Intervino en el encargo del cuadro de La Gioconda a Leonardo da Vinci, y del sepulcro de Isabel la Católica en Granada. Entre otros nobles españoles, tuvo trato con el II Marqués de Villena, Diego López Pacheco, con quien guardaba un extraordinario parecido físico, lo que nos permite imaginar su aspecto a partir de la fotografía conservada de un retrato del Marqués.

Agostino Vespucci escribió este libro a raíz de una misión diplomática en la corte de Fernando II de Aragón entre 1513 y 1516 acompañando al embajador Giovanni di Bardo Corsi, del partido de los Médici, y lo dedicó en 1520 al cardenal Julio de Médici, quien sería papa Clemente VII entre 1523 y 1534. Desembarcó en Barcelona el 18 de septiembre de 1513, de donde partió hacia Lérida y Zaragoza; pero aparte de una visita a Calatayud en 1515, el resto de su estancia en la Península transcurrió dentro de la Corona de Castilla. Entre otros lugares, consta que estuvo en Valladolid, Orense, Santiago de Compostela, La Coruña, Astorga, León, Segovia, Madrid, Medina del Campo, Burgos, Aranda de Duero, Alcalá de Henares, Salamanca, Plasencia, Cáceres, Mérida, Alcántara, Zafra, Sevilla y Cádiz, desde donde abandonó nuestro país la primavera de 1516 después de la muerte del Rey Católico, haciendo escalas en Málaga y en Cartagena durante el viaje en barco por la costa. Además de esas ciudades, en su tratado ofrece noticias originales sobre otros muchos lugares de la Península Ibérica que en muchos casos no llegó a visitar. Pues a partir de fuentes escritas y de comentarios ajenos trata asimismo de numerosas ciudades de Portugal –cuyo comienzo sitúa erróneamente en Gibraltar– y de varias regiones en las que tampoco estuvo. La obra incluye unos prácticos mapas de los itinerarios que siguió (pp. 11-12), así como de los lugares tratados (p. 40).

González Germain describe el manuscrito original y sus vicisitudes (pp. 19-20), y analiza convenientemente la estructura y contenido de la obra (pp. 20-24), que consta de la carta dedicatoria, el prefacio, la descripción de Hispania siguiendo la división antigua en provincias *Tarraconensis*, *Carthaginensis*, *Baetica*, *Lusitania* y *Gallaecia*, esta última precedida por el relato de su viaje (*Odeporicon*), un excursus sobre las costumbres de los españoles –de los andaluces, portugueses y gallegos trata en particular–, y unos apéndices que contienen apuntes diversos relativos a España y una lista de los emperadores romanos, papas, escritores, médicos, mártires y santos que consideraba oriundos de nuestro país. El editor señala la presencia de ingredientes de los géneros de la corografía, la literatura de viajes y el informe diplomático; compara el tratado con la *Italia illustrata* de Biondo Flavio que le sirve de modelo, y señala el amplio uso que hace el autor de las obras sobre España de los humanistas Lucio Marineo Sículo y Jeroni Pau, de varios tratados de Nebrija, y de la *Cornucopia* de Perotto, además de citar otras obras de Alonso de Proaza, de Juan Sobrarias, de Pedro Mártir de Anghiera, de Erasmo, y de otros autores que aparecen recogidos en una lista bibliográfica (pp. 221-223). Comenta además el amplio elenco de autores latinos antiguos que utiliza,

tanto prosistas como poetas, destacando la ausencia de Séneca y Ovidio. También recoge las obras griegas que cita en traducción latina, y señala la total ausencia de obras medievales. Sí transcribe Vespucci, sin embargo, cuatro inscripciones medievales, además de dieciséis supuestamente antiguas, pues once de ellas eran falsas, y solo son auténticas las de Alcántara, Cartagena y La Coruña. Aparte de las inscripciones, que él llama *epitaphia*, muestra interés por las ruinas de ciudades antiguas, de las que visitó *Bilbilis*, *Clunia*, *Italica*, supuestamente *Astapa*, los puentes romanos de Alcántara y Salamanca, el acueducto de Segovia, y varios monumentos romanos de Mérida y Cádiz.

El autor narra numerosas anécdotas, entre las que no faltan las escenas cómicas y los detalles eróticos y escatológicos. A menudo fusiona el pasado con el presente, como al hablar de las antiguas *puellae gaditanae* y de los bailes que presencié en Cádiz, de que los malagueños tienen mala fama por dedicarse a las salazones de pescado, de las novenas en relación con otro ritual religioso de los antiguos romanos, de Argantonio y de los españoles extraordinariamente longevos que conoció, o de los duelos y de un enfrentamiento en Cartagena narrado por Tito Livio. Son interesantes sus comentarios sobre las costumbres, fiestas, ritos, bailes y prendas de vestir en poblaciones concretas o de los españoles en general. A estos, salvo una excepción, los considera más valientes que los italianos, pero censura que, al igual que las mujeres, no tengan en cuenta determinadas normas de urbanidad. De ellas destaca la libertad con que se desenvuelven en público, sobre todo en Valencia y Sevilla, y otras supuestas particularidades de las mujeres de Lisboa y Galicia. También trata sobre las casas, sobre los vinos, sobre el clima que solo considera extremo por el calor de Sevilla y el frío de Burgos, sobre algunos cultivos, minerales y animales notorios, y sobre un sinfín de curiosidades.

Por un lado, Vespucci inserta numerosas citas de obras antiguas y modernas, pero al mismo tiempo realiza sus propias pesquisas sobre la geografía, etnografía, historia y antigüedades romanas de la Península Ibérica. En ocasiones expone además sus ideas sobre educación y sobre política, en las que es posible ver la influencia de Poliziano y de Maquiavelo, de quien fue uno de los primeros lectores. Nos ofrece datos inéditos sobre humanistas, poetas y otros personajes relevantes que conoció. Entre otros, en Salamanca trató a Arias Barbosa, y en Alcalá de Henares oyó a Antonio de Nebrija comentar un pasaje de Plinio sobre las serpientes venenosas, y examinó personalmente a una mujer por cuya boca había entrado una serpiente que le causó la muerte. En el tratado da repetidas muestras de su interés por las plantas medicinales y otros remedios, por la dietética, y por lo médicos tanto del país como oriundos de África y de Oriente.

La obra está compuesta en un latín humanístico, elegante en la dedicatoria, prefacio y en algunos excursos, y generalmente en un estilo llano con el objetivo confeso de resultar variado y satisfacer a un público más amplio. Tampoco rehúye el empleo de neologismos como *comestabiles* por condestable (p. 76), o un término como *severitudine* –que solo hallamos en Plauto y Apuleyo en una ocasión– en lugar del clásico *severitate*, e incluso transcribe en romance algunos cantarcillos,

dichos y refranes. Usa preferentemente las formas antiguas de los topónimos, pero suele añadir al margen la forma romance para una identificación más segura.

González Germain justifica los criterios de edición que ha seguido, con una escasa intervención teniendo en cuenta que se vale del manuscrito original, y que aprovecha la traducción para presentar las formas correctas de los numerosos términos que el autor escribe mal, a menudo en transcripciones de obras ajenas. Con todo, echo en falta un comentario más amplio sobre esas grafías en la introducción, o algunas advertencias en el aparato crítico, como en el caso de *etiam num* en lugar de *etiam nunc*, traducido de hecho como «even to this day» (p. 62), o de *remidium* por *remedium* (p. 70). El aparato crítico no remite a las líneas sino a las páginas del original, que vienen a equivaler a media página de la edición, e incluye principalmente las variantes (errores y correcciones) de una copia del manuscrito existente también en la Biblioteca Vaticana, así como algunas correcciones del editor. El aparato de fuentes es ciertamente útil y meritorio, a pesar de que no incluye los textos sino solo las referencias; por tanto, el lector interesado necesitará buscar la cita para valorar el grado de fidelidad o para comprobar, por ejemplo, que Servio (*Aen.* 6, 843) explicaba bien que *Carthago Nova* en *Hispania* se llamaba *Spartaria*, y que es Vespucci quien aplica erróneamente este epíteto a la *provincia Carthaginiensis* (p. 78).

La traducción inglesa me parece necesaria y excelente, pero el contenido e interés de la obra, tanto para estudiosos de diversas disciplinas como para lectores curiosos de nuestro país, reclama casi con urgencia una versión al castellano, en la que convendría tener en cuenta alguna de las siguientes observaciones. Dudo que Vespucci atribuyera a los judíos el origen del juego de cañas, tenido generalmente por costumbre de los moros; pues *gens recutita* («pueblo circuncidado»), aunque es un sintagma aplicado originariamente a los judíos, es glosado aquí como tornadizos y confesos (pp. 174-175), términos aplicados también a los moriscos. No me parece acertado, hablando de los *Cantabri* pero refiriéndose también a los vascos, traducir *gentes dissonae sermone* como «multilingual people» (pp. 76-77), cuando alude a que hablaban una lengua muy diferente, el euskera. Y a propósito del barco de mármol en la ría de Padrón en el que supuestamente había llegado el cuerpo del apóstol Santiago, que debía ser visto *a peregre euntibus*, es claro que se refiere sencillamente a «los peregrinos», más que a «those who come from abroad» (pp. 86-87).

Más de quinientas notas de todo tipo (pp. 186-216), fruto de una ardua tarea de investigación, permiten una cabal comprensión del contenido de la obra. Pero son tantos y tan diversos los asuntos tratados en el libro, que siempre se puede echar en falta alguna información más amplia o precisa, como acerca de las verdaderas etimologías de Medina, Guadalquivir y Orense (pp. 55, 87 y 157), o sobre el intento de Pedro Girón, duque de Ureña, de apoderarse del ducado de Medina Sidonia (p. 98), que fue narrado por Jerónimo Gudiel en su *Compendio de algunas historias de España* (Alcalá de Henares, Lequerica, 1577, fol. 110), y más brevemente por Anghiera (*Opus epistolarum*, Compluti, Michael de Eguia, 1530,

lib. 26, fol. 116v). El pasaje sobre el río de Jaén que llama en italiano Vigliacco no me parece que quede aclarado con la fuente de Jeroni Pau sobre un río *Salsus* identificado con el Guadaloz (nota 231), pues este río discurre más bien por tierras cordobesas, y el resultado esperado de *Salsus* es Guadajoz.

El editor atribuye a Vespucci la autoría de un epitafio de Fernando II de Aragón (nota 287 a p. 114); pero este aparece con ligeras variantes, entre otras obras, en los *Commentariorum Aquileiensium libri octo* (Venecia, 1521) de Giovanni Candido, por lo que podría tratarse del epitafio esculpido en la sepultura del Rey Católico antes de que en 1518 se instalara en Granada el sepulcro encargado en Florencia a Domenico Fancelli. El nombre de la primitiva capital de la actual provincia de Albacete es Chinchilla de Montearagón, en la comarca de La Mancha de Montearagón, por lo que la referencia a «Chinchilla (Montearagón)» no es apropiada (nota 326). El editor, siguiendo a Hidacio, afirma que Teodosio I nació en «Cauca (Gallaecia)», sin mencionar la dificultad de adscribir *Cauca* (Coca en Segovia) a la provincia de *Gallaecia* (nota 524). Sobra la última ese final en *Leyes de Toros*, promulgadas en la localidad zamorana de Toro (nota 507).

La obra incluye unos útiles apéndices sobre las distintas unidades de medida y monedas mencionadas en el tratado, así como un cuadro de los reyes españoles y portugueses durante los siglos XV y XVI (p. 219), en el que echo en falta los nombres de los ocho reyes del Reino de Granada, por más que esa ausencia responda a un hábito arraigado en la historiografía española. La bibliografía general recoge las obras citadas de forma abreviada, y tanto la introducción como las notas remiten a otras muchas obras oportunamente consultadas de forma puntual. Por último, el necesario y exhaustivo índice de nombres de personas y lugares (pp. 235-247) ayudará al lector a encontrar noticias de su particular interés.

En suma, esta primera edición, traducción y estudio del tratado de Vespucci constituye una importante contribución a los estudios sobre el humanismo florentino, y pone a disposición de los estudiosos de la historia y la cultura española un caudal de información del máximo interés y en gran medida desconocido hasta hoy. Se trata de un trabajo realizado con esmero, rigor científico y conforme a los criterios exigibles actualmente en las ediciones de textos neolatinos, y del que podemos esperar un notable impacto y difusión tanto en Italia, debido al origen de su autor, como en España, por el tema, y en otros países, gracias a la introducción, traducción y notas en inglés.

Universidad de Cádiz

JOAQUÍN PASCUAL BAREA
joaquin.pascual@uca.es